

AUTORES Y ESCENARIOS

LARA: ESTRENO DE "LA ROSA ENCENDIDA", COMEDIA EN TRES ACTOS DE ENRIQUE SUAREZ DE DEZA

De nuevo la Poesía teje un bello tapiz dramático de ilusión. A sus inefables conjuros retrocede el oscuro dominio de la realidad y avanza el de la claridad, con su hueste de ensueños.

Y otra vez se produce la paradoja: cuanto más imperio de apetitos, más necesidad de ilusiones. La verdadera vida no está en el mundo rutinario de la sala, sino en el imaginario de la escena.

En "La rosa encendida" hay una afortunada ecuación entre la verdad de la poesía y la poesía de la verdad. Nada de cuanto ocurre es arbitrario en el orden escénico, todo cuanto sucede es lógico en el orden fantástico.

La fábula, de invención fértil y expresión sutil, encierra un "complejo", femenino otoñal en un "De profundis" de cuerpo y alma. Ana Steen, sol poniente en sus encantos de mujer y en sus ambiciones de escritora, siente despertar el amor con todas las melancolías del ocaso, mas con todos los arrebatos de una aurora. El pintor Daniel mueve el dramático subconsciente por las sugerencias del arte y las galantezas con sus numerosas modelos. Ana comienza su calvario de amor poniente entre las ufanas de amor levante. Espía, acecha, maniobra en silencios inconfesables. Al cabo, estalla de una vez por todas en la escena con lady Carolina, que marca la duarquía del "complejo" en la síma dramática y en la cima poética. La solución fulminante del conflicto, en el orden escénico habitual, sorprende, pero no mengua su sentido dramático ni el clima poético.

Con el hallazgo del "complejo" otoñal queremos señalar otro hallazgo: el "primaveril", donde las tres figuras de lady Carolina, la señorita Spack y Alicia, en relación con Daniel, evocan "las tres Gracias" sometidas al juicio de París, que en vez de adjudicar la manzana adjudica el retrato. "La rosa encendida". Concha Catalá dió al "complejo" una versión en "De profundis" corporal y anímica, matizada de silencios tan doloridos como gritos, y de gritos tan ahogados como silencios. Fue ovacionada calurosamente.

Mary Carrillo, delicada y gentil, primeramente vestida, era, en la silueta plástica, un retrato de Madrazo. Significó, en su doble cometido de suavidad y fiereza, el Amor romántico, y fué unánimemente aplaudida.

Carlota Bilbao, doctoral, con gafas y hablando "ex cathedra", realizó una caricatura deliciosa. Y Elena Salvador, "jopolina" en bicicleta, ingenua en confidencias y vollosa de bocadillos, que muerde, mientras habla de amor, se reveló como una dama joven de porvenir.

Rosita Lacasa, intencionada, bulliciosa, marchosa, cumplió sobradamente su papel de aguafiestas de enamorados. Y Alicia Altabella, tan bella y tan alta como lucida y presumida.

Mariano Asquerino, en un personaje de dos escenas, ofreció el señorial y plausible ejemplo de los grandes directores sirviendo papeles modestísimos. Gabriel Llompart, sobrio, seguro, llenó el suyo con admirable eficacia. Y el gran actor Francisco Hernández renovó con finura inteligente su firme personalidad. Azafra, caracterizado a la moderna, usó su comedia habitual.

El teatro, rebosante, aplaudió los tres actos con visible y unánime satisfacción, y Suárez de Deza y sus intérpretes saludaron muchas veces al éxito. —Cristóbal de Castro.

INFANTA ISABEL: ESTRENO DE "AGUA EN LOS BOLSILLOS", DE JANOS VASZARY

Conocida es la maestría húngara en este tipo de teatro de amor y de humor. Janos Vaszary—de quien en España conocíamos las comedias "Los dos solos", "Una carta de amor" y "Me casé con un ángel"—ha hecho en su nueva obra una magnífica demostración de la destreza y la agilidad escénicas con que sabe plantear y desarrollar una situación de originalísimo arranque. Comedia alegre, garbosa, divertida, "Agua en los bolsillos" desborda de claridad y de simpatía, de gracia fresca, continua y vivaz. De un modo imprevisto y dramático, una mujer entra en la vida de un hombre. Y como en la vieja estrofa: «Ay del que va de prisa a alguna parte—y se encuentra una rubia en su camino», la rubia de la obra de Vaszary, encontrada por el hombre cuando sólo dos horas faltaban para la boda de éste, entorpece, desarticula, llena de sobresalto, de accidentes y de sorpresas la vida de quien la salvó de un supuesto suicidio. La gracia escénica, la situación original, la frase viva, cetera y feliz surgen en una sucesión continua de burlas deliciosas, tras las que palpitan sutilezas y complejidades llenas de feminidad. La escena está como iluminada de alegría, llena de un humor finísimo, que prende inmediatamente en el público, transmitiéndole esa sensación gozosa que es el mejor signo del acierto en el buen teatro. Apenas dejan de oírse las carcajadas a lo largo de la representación. Carcajadas nacidas de una gracia del más limpio y elegante tono, sin la menor concesión a la vulgaridad, al tópico, a esa gracia a ras de suelo que emplebece tantas veces los escenarios españoles. "Agua en los bolsillos" es un modelo de comedia cómica, simpática, rica en matices, en piruetas de farsa, en juegos agilísimos de humor. Lo que en la obra hay de absurdo, de descouyuntado, está planteado y desarrollado magistralmente, con una técnica de perfecto pulso teatral y en un diálogo lleno de agudezas y sonrisas. Sirve muy bien al tono

de la comedia de Vaszary la impecable versión castellana, limpia, clara y risueña como toda la obra.

Tuvo la interpretación de "Agua en los bolsillos" ese acento de armonía y de buen gusto que caracteriza siempre la labor de los actores del Infanta. Isabelita Garcés extrajo de su personaje la máxima cantidad y variedad de matices. Ironía, desenvoltura, feminidad, malicia ingenua, intencionada candidez... Cuanto Vaszary puso en la protagonista de su obra fué entendido y expresado por la actriz maravillosamente, en una labor interpretativa que fué un acierto constante. Muy bien, igualmente, Pedro Porcel, a quien se aplaudió en dos escenas. Completan el buen excelente reparto Irene Caba Alba, María Teresa Campos, Ana María Ventura, García del Val, Emilio Gutiérrez, Ricardo Juste y Emilio Méndez.

El éxito fué, desde el primer momento, grande y merecido. El público rió constantemente, y al final de los tres actos, Janos Vaszary, desde la escena, con los intérpretes principales, respondió a las calurosas ovaciones de un público rendido totalmente a la gracia de esta divertidísima comedia de humor y de amor.—J. M. A.

FONTALBA: ESTRENO DE "EL MUERTO DE RISA", DE ADOLFO TORRADO

"El muerto de risa", como casi todo el teatro de este prolífico autor que es Adolfo Torrado, no propende a la originalidad. Todo en la comedia viene ya de antiguo muy trillado y gastado en fábula y situaciones. Es el conocido caso de un buen señor que simula que ha muerto para saber de las reacciones que su fallecimiento despierta entre sus herederos. Es, en suma, el auténtico muerto de risa, que encuentra su fruición en los apetitos materiales que su legado despierta entre unos parientes galopines, cuya avaricia va trenzando el hilo de la comedia con escenas de gruesa hilaridad y de la más variada vena cómica, aunque por dar con aquéllas el autor no se detenga en ocasiones ni en la lógica. Torrado, una vez más, sólo persigue con ahínco despertar la hilaridad del público, y esto lo consigue con creces sobre esa carpintería teatral tan acomodaticia, pero tan práctica, desde el punto de vista cómico, cuyo objetivo llega a lograr plenamente.

Comedia, por consiguiente, de horizontes limitados, pero fresca y jugosa en cuanto al mecanismo para hacer reír, que, puesto en manos del autorizado Pepe Alfayate y de la notable Rafaela Rodríguez, da todo lo que tiene de sí en precisiones cómicas y efectos subsiguientes. El muerto de risa resulta, pues, el espectador, que se entregó desde un principio a las incidencias hilarantes de la obra y obligó a saludar entre cálidas ovaciones a autor e intérpretes al final de los dos actos.

Reconocemos, por consiguiente, el éxito de público de "El muerto de risa", y pelillos a la mar. Como sedante y filtro para olvidar penas, la comedia de Torrado tiene la fuerza de las sulfamidas. El mérito está en poder tolerarlas.

Pepe Alfayate lució una vez más sus limpios recursos de gran primer actor, haciendo un muerto de una viveza extraordinaria, y Rafaela Rodríguez, prodigio de sencillez y naturalidad, dió al tipo de Ramona un vigor cómico extraordinario. Y con ellos, en plano preferente, contribuyeron al feliz suceso Concha Cortijo, Aurorita Alfayate, Isabel Redondo, Jesús Navarro y Antonio Soto, este último en el delicioso tipo de Rodrigo.

Para reírse—¡oh contrasentido!—mucha gente desfilará ante ese cadáver que desde anoche vivirá ensiforeado y pimpante en la escena del teatro Fontalba.—R.

LOS ESTRENOS ENTRE BASTIDORES

Adolfo Torrado, autor de "El muerto de risa", que por la compañía de Pepe Alfayate se estrenaba anoche en el Fontalba, pasó el primer acto hecho migas de los nervios. Al teatro acudió lo más representativo de la colonia gallega. Animando al comediógrafo, entre bastidores hallábase don Felipe Vierna, de rancio abolengo marinerío; el señor Vierna es de Artillería, y nos fué presentado por Adolfo.

—Lo que usted hace es muy fácil—nos dijo el señor Vierna—, porque se mete entre bastidores y escribe lo que oye.

—Muy fácil, sí, señor. Sobre todo las trescientas primeras veces.

—Yo quiero que diga usted que el torradismo existe, y le voy a explicar el secreto. Torrado lleva a la escena el ritmo del cine; ¿de acuerdo?

Mientras tanto, el público reía a todo trapo. ¡Nunca hemos visto comedia más reída!

—Es que la tenemos muy "hecha" de provincias, y la decimos ya con una gran seguridad—explicaba uno de los cómicos.

—¡Ah, muy bien!—sonreía el señor Vierna—. Cogen ustedes de pardillo a la gente de provincias, y cuando llegan a Madrid ya dominan las comedias perfectamente, ¡claro!

Torrado masticaba pastillas de eucalipto, sin descansar ni un instante. Don Felipe nos dijo, con cierto aire simpático y condolido:

—¡Qué lástima que no sea usted de Betanzos! A usted le falta ser de Betanzos; entonces sí que sería usted feliz.

Uno sintió la pena tremenda de no ser de Betanzos, y a punto estuvo de llorar y todo; ¡qué se le va a hacer! El público reía cada vez más aparatosamente. Abordamos a Pepe Alfayate para la crónica; ¡qué pardillo también en el despiste este gran actor! Pues no va y nos dice:

—Esta noche no puedo atenderle, porque estamos de estreno; pero usted puede venir mañana?

Es curioso que el magnífico actor no se

haya enterado aún de que en Madrid, y en MADRID, existe una vieja sección que se llama "El estreno entre bastidores", a cargo del pardillo que suscribe, y que en otras ocasiones estrenicias ha puesto a Alfayate por las nubes. Claro que entonces al "hombre se le pasó" y no envió ni la tarjeta dando las gracias. ¡Estos cómicos son una cosa tremenda! Por cierto que Alfayate hace una verdadera creación del muerto vivo, que para él, como para toda la compañía, constituye un éxito rotundo. El público se divirtió de lo lindo, y aquí paz y después gloria.

EN EL ALCAZAR

Celia Gámez, el tute arrastrado y el arroz con fiebre son los tres honestos esparcimientos de la vida del suscribiente. El día en que la liebre con arroz supla a los "tournados al gratin" de los banquetes de homenaje se acabarán las adhesiones a ellos por escrito, y los ágapes de referencia tendrán más éxito; el día en que el tute arrastrado se enseñe en las escuelas como una disciplina más de adorno, al igual que se enseñan el dibujo y la extracción de raíces, la Humanidad será muy otra. Y el día en que a Celia le dé—¡Dios no lo quiera!—por abandonar el escenario de sus triunfos, y el mandil de Talia—vulgo telón—hiciese su postrer bajada sobre las candilejas, ante los ojos, empañados por la emoción, de sus seis millones cuatrocientos treinta y tres mil y poco de devotos espectadores, el género revistas, del que ella es la amada y única vestal popular en el planeta, se apartaría como una vela crepitante puesta al relente en un amanecer de galerna. (¿Qué tal este párrafo?) Por eso, no podíamos perdernos ayer el acto de su homenaje en el teatro Alcazar, a pesar de que la noche era cruda. (¿Por qué se mira siempre esta estupidez de que las noches son crudas? ¿Acaso existe alguna noche que, en vez de cruda, sea guisada?). Y allí estuvimos a nuestras anchas, felices, escrutadores, "arrimando el callo"—como se dice ahora—, en honor a Celia, a la Celia, que es para el teatro lo que la cecilia para la pulmonía: bálsamo bienhechor; más bienhechor, aún, porque no se aplica en inyecciones, sino en inhalaciones. Cada revista suya es un aroma de primavera; la de ahora, "La estrella de Egipto", el mayor éxito de su vida, es la condensación de todos los perfumes: ¡la remonda!

Angel de Andrés, ese simpático actor que sale retratado en las tarjetas postales que venden en los estancos, nos decía, mirando a Celia:

—¡Qué guapa! ¡Está de guapa como para mojar pan en ella!

¡Es un sibarita este Angel!

Intervinieron en el fin de fiesta Guadalupe Muñoz Sampedro, Luchi Soto y Luis Peña; ¡graciosísimos! El maestro Alonso, situado en un rinconcito de la escalera que comunica los camarines, deleitábase observando el artístico mujerío que por allí tenía su tránsito.

—¿Qué hay, maestro querido? ¿Qué tal va esa vista? Porque aquí la vista es la que trabaja.

—¡Muy bien, muy bien! De los ojos estoy ya perfectamente.

—Supongo que habrá usted venido aquí sólo a ver, y no a tocar.

—Pues, sí; he venido a tocar "La cigarrera"; mejor dicho, a dirigirla, para que la canten Celia y Pedro Terol.

Celia cantó, además, una deliciosa canción de Alfonso Rey, con música de Moraleda, que era una cosa de celos y de la Luna, ¡enorme! Juanita Reina, tan sevillana, bonita y garbosa—por cierto que fué recibida con una ovacionaza de esas que se le saltan a uno los botones del chaleco—, cantó su famosa zambra "La vida es así". Bailó una danza de puerto, magistral, la pareja famosa Rioli Torrigiano, del gran espectáculo "Italia Expres".

En el teatro, que rebosaba de un público selecto, tuvimos la suerte de saludar al joven director de la compañía Lope de Vega, José Tamayo, recién llegado en avión. Por el supimos que la famosa compañía de su dirección debutará muy pronto en un primer teatro madrileño. También saludamos a la bella y elegante primera actriz Mercedes Siller, que ahora descansa por breves días. Por Tamayo nos informamos de que los famosos polifónicos mejicanos Guadalupe y sus Aztecas, que en España representan el inteligentísimo Fernando Coñado, llegarán a Madrid el próximo marzo, con la primavera, que es cuando llega todo lo bueno, y que el formidable actor cómico Pedrin Fernández ha sido contratado para el gran espectáculo de revista "Bellezas de España".

En resumen, el homenaje a Celia Gámez constituyó una velada de inolvidable recuerdo. "La estrella de Egipto" fué vitoreada continuamente. Enhorabuena a su autor, Adrián Ortega, y a la maravillosa Celia, tan merecedora del cariño que el público español le profesa.

LEOCADIO MEJIAS